

ción, que sólo se ha verificado en las capas superficiales de la raza. España no pudo hacer la conquista de esa raza, no conquistó más que el territorio, y la España que en su inmensa extensión organizó, fué una España deficiente y débil, que aún lucha, ya emancipada, para integrarse y fortificarse, al través de gigantescas dificultades.—No hizo la conquista de la raza; allí donde no era civilizada [en las islas] la hizo desaparecer á fuerza de quererla explotar hasta el martirio; en las vastas regiones americanas en que halló pueblos civilizados, no la pudo destruir, porque su estado de civilización aumentaba su coeficiente de resistencia á la destrucción; no la quiso destruir de pronto el conquistador, porque la distribuyó en grupos esclavos en la encomienda y en la mina; pero el rey, es decir, el Consejo de Indias, benemérito de los americanos, impidió esta esclavitud en el derecho y los celos misioneros cristianos la impidieron en el hecho y salvaron la raza. Pero no la transformaron; el cristianismo bien practicado y el fomento sistemático del cruzamiento de una raza vigorosa como la española y la europea en general, con la terrígena, que es una raza perfectamente adecuada al medio climatológico en que había crecido, habría producido una media raza fecunda y fuerte [á pesar de cuanto digan los etnólogos, amigos de generalizar, basándose sobre incompletas inducciones]. Gracias al aislamiento de los indígenas, celosamente mantenido por los frailes, el cristianismo produjo un bien, abolió los sacrificios humanos: produjo un mal grave, hizo á los indígenas más resignados y sumisos, los educó para la pasividad absoluta. Todo esto preparaba al porvenir de las colonias españolas los más temerosos, los más desesperantes problemas sociales; de modo que España colonizadora tiene ante la historia humana las más graves responsabilidades; ya la veremos más tarde en su trabajo organizador.—La conquista de los dos grandes imperios, mexicano y peruano, es una maravilla de valor, de inteligencia, de fortuna; impulsados por un sentimiento complejo de aventura, de codicia infinita y de religiosidad que les daba aliento para acometer las empresas titánicas que realizaron y les prometía la absolución de cuantos crímenes cometieron, aquellos hombres jamás repararon en dificultades, ni tuvieron escrúpulo en los medios; por eso fueron tan audaces y tan crueles; sus abominables actos eran parecidos á los que se verificaban en Europa misma, en ese tremendo siglo de sobrehumanos conflictos y de pasiones desmedidas que se llama el siglo XVI; ni la carnicería de Cholula tiene que envidiar al sacco de Roma, ó á las ma-

tanzas ordenadas por Alva en los Países Bajos ó á la S. Bartolomé; ni el suplicio de Cuauhtemoc al de Servet; pero como caracteres, como soldados, como organizadores, los caudillos de la conquista americana, sobre todo, Hernando Cortés, pueden ponerse en parangón con las personalidades más salientes de aquella época en que la humanidad ha mostrado tal vez sus tipos más extraordinarios.¹

Alemania era la gran preocupación de Carlos V. El estado psicológico, digámoslo así, y social del imperio era muy grave; estaba preñado de negras amenazas. Sólo la pureza absoluta de costumbres y la práctica de las virtudes apostólicas, podían ser el signo visible de que la Iglesia católica tenía la misión divina de gobernar á las sociedades cristianas y como sólo en momentos particulares y en grupos excepcionales ó en individuos extraordinarios, existían tales excelsas cualidades, un inmenso clamor de *reforma* salía de las entrañas de la Edad Media hacía siglos; todos los herejes influían en las masas predicando la vuelta al cristianismo primitivo, todos los grandes santos del catolicismo pedían al clero y á las órdenes religiosas reforma de las costumbres, al papa reforma de los abusos; el concilio de Constanza, después del gran cataclismo religioso que se llamó *el Cisma de Occidente*, tuvo la misión de reformar la Iglesia en su cabeza y en sus miembros, según la fórmula vulgarmente usada; sólo proclamó la supremacía de los concilios en la Iglesia, puso fin material al Cisma y persiguió á los herejes; el de Basilea conmovió todos los fundamentos de la Iglesia; el de Florencia zanjó las bases de una reunión irrealizable entre la Iglesia griega y la latina; pero ninguno reformó, ninguno correspondió al anhelo ardiente de la cristiandad. El Renacimiento y los papas que de él surgieron, eran los menos á propósito para acometer tamaña obra; al contrario, sus necesidades financieras todo lo exacerbaron, todo se convirtió en tráfico en la Iglesia. Alemania, la más resentida, porque la ingerencia del papa había impedido el establecimiento en ella de una monarquía nacional; la más explotada, porque los príncipes eclesiásticos y los agentes pontificios multiplicaban sobre ella los tributos; la más ardiente en el catolicismo, pero la más inclinada á

¹ No nos ocuparemos en la historia de América sino para indicar aquellos de sus episodios que hayan trascendido á la historia general; dejamos para un manual *ad hoc* que tenemos en preparación la historia especial de América, pues que ésta debe ser materia de un curso distinto de aquel al que se destina este libro, según el Plan de estudios adoptado por el segundo Congreso Nacional de Instrucción.

idealizarlo y á disolverlo en metafísica, Alemania presentaba á la Reforma extra-elesiástica, puesto que la Iglesia se declaraba impotente para reformarse á sí misma, el *medio* más propicio. De aquí el súbito efecto de la propaganda luterana: una terrible guerra social, la secularización de los bienes eclesiásticos en muchas regiones, honda incertidumbre en todas, deseo entre los católicos de reunir un nuevo concilio, pues todos, emperador, príncipes, dignatarios eclesiásticos y pueblos creían que sólo la reforma ortodoxa, pero radical, podía salvar de la reforma heterodoxa; y, como consecuencia de todo ello, una terrible é irremediable división en las conciencias, germen de futuros conflictos; tal era el problema que se planteó ante Carlos V en el momento mismo en que se encargó del Imperio.

3. La extensión de los dominios de Carlos V "en que no se ponía el sol," era la causa primera de su debilidad; la heterogeneidad de razas é intereses era la otra, magna también. Si Carlos hubiera podido señorear el Norte de Italia y unirlo al Sur de Francia, conquistando la región comprendida entre los Pirineos y los Alpes, uno de los inconvenientes de la extensión de sus tierras, se habría vencido, porque ya no habría solución de continuidad entre ellas. Francia cercada por las posesiones de la casa de Austria, sus monarcas ultrajados en los supuestos derechos que habían heredado sobre el Milanesado y las dos Sicilias, Francisco I mortificado por la importancia de un rival vencedor en el Imperio alemán y que se jactaba de serlo en todas partes, eran motivos suficientes para provocar el conflicto tremendo entre la casa de Francia y la casa de Austria, que en un tiempo fué necesario, luego justificable y después no, y que ha concluído en la edad contemporánea.—Para combatir, Francia necesitaba aliados; los buscó en Inglaterra; Enrique VIII tuvo una conferencia con Francisco I, pero humillado por el esplendor de éste, prefirió á su sobrino político Carlos, y el cardenal Wolsey lo impulsó en este sentido; en Italia también perdió Francia la alianza de León X y, poco después, cuando ciñó la tiara el preceptor de Carlos V (Adriano VI), la alianza entre el pontificado y el Imperio fué más estrecha si cabe. Malas eran estas condiciones; vencidos en el Este, á pesar de la heroica conducta de Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha y vencidos en Italia, los franceses tuvieron que pasar los Alpes perseguidos por los ejércitos imperiales, entre cuyos caudillos estaba Carlos de Montpensier, condestable de Borbón, que por resentimientos privados fué infiel á su patria. Los

franceses defendieron admirablemente el territorio invadido y Carlos no pudo posesionarse de la Provenza, que era su designio. Poco tiempo después, Francisco con un nuevo y brillante ejército estaba de nuevo en Italia; pero vencido completamente al pie de los muros de Pavía defendida por el indómito Antonio de Leyva, tipo de los soldados de hierro de la España de entonces, fué hecho prisionero y conducido á Madrid, en donde se vió obligado á firmar un tratado en que cedía parte del territorio patrio y que en cuanto se vió libre se apresuró á desconocer (1526). Uno de los más singulares episodios de estas luchas fué la toma y saqueo de Roma por las bandas auxiliares de lansquenets y reitres que Borbón había traído de Alemania; el nuevo papa Clemente VII (Juan de Medici), siguiendo la política eterna de los pontífices, de impedir que una gran potencia se constituyera en Italia, comenzó á ligarse con los enemigos de Carlos V; por eso el condestable que no sabía cómo pagar á sus foragidos, los arrojó sobre Roma; él murió, pero sus soldados iconoclastas (muchos eran luteranos) destruyeron cuanto pudieron y capturaron al papa en nombre del emperador y católico rey, que hizo rogar á Dios por su libertad, pero que no la ordenó, sino cuando el papa consintió en secundarlo.

Por fortuna para el equilibrio [ya empezaba á vislumbrarse esta necesidad], para el equilibrio europeo, Carlos estaba destinado á no poder realizar uno solo de sus vastos designios; su hermano, investido ya del archiducado de Austria, necesitaba de todas las fuerzas del imperio. Era la gran época del Imperio turco en Europa, la época de Suleyman el Magnífico. Dueño del mar Egeo [de donde había expulsado á los caballeros de la orden del Hospital tras el asedio empeñadísimo de Rodas], debelador de Arabia, Persia, Egipto, habíase apoderado de Belgrado, la clave del valle medio del Danubio y, vencido y muerto el rey de Hungría en Mohacz [1526] *el cementerio de los madgyares*, se había adueñado del reino entero y en 1529 estaba sobre Viena. Hubo necesidad de reunir ahí todos los recursos de la cristiandad alemana para salvar la capital de Fernando electo ya rey de Hungría. Francisco I, tan interesado como Suleyman en emancipar el Mediterráneo del dominio de Carlos, concertó con el Sultán una alianza, con gran escándalo de la cristiandad; pero ya la política obedecía á móviles distintos de los que la impulsaban en la Edad Media.

Entretanto el emperador había logrado arrancar por segunda vez la península italiana á Francisco I, gracias á que se le pasó el verdadero

rey del mar entonces, el almirante genovés Andrés Doria, al valor del príncipe de Orange en el Sur y á la pericia de Leiva en Lombardia; después ajustó la paz de Cambrai con Francia, en virtud de la cual Francisco renunciaba á sus derechos en Italia y Carlos prescindía de los suyos en Borgoña, temporalmente; se hizo coronar solemnemente en Bolonia y, para dar gusto al papa Clemente, logró someter á Florencia, en cuya defensa tomó parte activa Miguel Angel, á la familia del papa, á los Médicis; en Florencia había muerto la libertad italiana [1529]. Luego Carlos, en Alemania, trató de hacer volver á los luteranos al redil católico, prometiendo toda suerte de reformas; sólo consiguió que los disidentes formularan en toda regla su doctrina [Confesión de Augsberg] y formaran ligas poderosas. Libertada Viena de los turcos el emperador, de vuelta en España, intentó dar un golpe decisivo á la piratería musulmana que infestaba el Mediterráneo occidental y destruir á su jefe principal, el célebre Barbarroja; en una trabajosa campaña logró apoderarse de Túnez. Empezó á seguida nueva guerra con Francisco I; era la tercera [1536]. Después de invadir los franceses el N. de Italia y los imperiales el E. de Francia y, de nuevo la Provenza, por intervención del papa se firmó una paz, que permitió á Carlos reunir una inmensa flota para acabar con el poder de Barbarroja, que desde Argel había restaurado todo su poder marítimo. Fué ésta una expedición desastrosa; el mar y el viento fueron los terribles aliados del pirata musulmán; Carlos V, que demostró su grandeza de ánimo entonces, comenzó á suspirar por la soledad y el retiro, á que lo inclinaban sus constantes accesos de melancolía hereditaria.

Mientras el emperador trataba de reconquistar por medios políticos á la Alemania disidente y buscaba remedios á las penurias increíbles de su tesoro, pues ni los nobles de Castilla consentían en pagar impuestos, tanto que con este motivo cesaron de ser convocados á Cortes, ni las minas que comenzaban á explotarse en América, ni la mina espléndida del comercio y la industria neerlandesa, bastaban á equilibrarlo, se encontró en la necesidad de hacer frente á Francisco I y á Soleyman, ya su ostensible aliado. Nueva invasión de Italia por los franceses y nueva incursión de los imperiales en Francia; paz firmada en Crespy (1544); nuevas promesas, proyectos de matrimonios y alianzas; todo efímero. Esta paz permitió á Carlos asumir una actitud resuelta contra los señores protestantes ligados en Smalkalda, á quienes

venció completamente en Muhlberg [1547]. Entretanto, por instancias suyas, se había reunido en Trento el concilio de reforma; mientras deliberaban los padres, publicó Carlos un programa religioso, lleno de condescendencia con los protestantes y que se llamó el *interim* de Augsberg. Mas los protestantes, contando con el auxilio del mejor general del emperador, Mauricio de Sajonia, tornaron á la lucha aliados con Francia y en tanto que el nuevo rey francés, Enrique II, se apoderaba de las plazas fuertes de la Lorena, Mauricio dictó al emperador la paz humillante de Passau [1552] en la que reconoció como un poder público al protestantismo. Siguió la lucha con Francia y Carlos se estrelló ante los muros de Metz; después, fatigado, enfermo y triste, quiso asegurar la corona imperial para su hijo Felipe que ya gobernaba á España; no lo logró; su hermano Fernando, hacía tiempo archiduque de Austria y rey de romanos, no quiso renunciar á su derecho; el emperador le dejó la administración del imperio y como compensación, casó á Felipe con la hija de Enrique VIII y de la repudiada Catalina de Castilla, con María Tudor, católica fanática, que restableció la dominación del catolicismo en Inglaterra. Poco después dejó á Felipe, que era ya rey de las dos Sicilias, el señorío de los Países Bajos y en seguida la corona de España, en una gran ceremonia de abdicación celebrada en Bruselas en 1556.—“Me basta el nombre de Carlos, no soy nada más,” decía el emperador, que fué á encerrarse en el monasterio de S. Gerónimo de Yuste, en Extremadura. Allí siguió ocupándose en la política general y compartiendo entre ésta, la oración y las meditaciones una vida achacosa y triste; los desórdenes de la mesa, á que lo inclinó siempre su temperamento eminentemente sensual, precipitaron su fin [1558]. Por poco el siglo más grande de la historia post-romana merece llamarse el siglo de Carlos V.

LA REFORMA Ó LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA.

(1518-1545.)

1. El Renacimiento y la Revolución religiosa en Alemania.—2. Lutero; su obra.—3. La guerra social; la secularización; reveses y triunfo final de la Alemania protestante.—4. Propagación de la Reforma.

1. Ya sabemos que el clamor universal de Reforma que brotaba del seno de la cristiandad en el siglo XV, desoído por la Iglesia, produjo en Alemania, donde la autoridad estaba desmembrada y era casi nula, donde la Iglesia era más rica, es decir, donde los abusos habían sido mayores, por lo que hacía largo tiempo aquella sociedad incubaba el odio más apasionado contra el clero (Janssen), un movimiento intenso que declinó en un Cisma. ¿Este movimiento estaba ligado al del Renacimiento ó no ó le fué contrario? Un fenómeno tan complejo no puede reducirse, á riesgo de bastardearlo, á una fórmula simple. Sí, sin duda, la Reforma es hija del Renacimiento; el flamante historiador católico de la Reforma en Alemania, Monseñor Janssen, ha demostrado, en primer lugar, cuán léjos estaba la Edad Media alemana de ser la época de tinieblas y superstición en que los reformistas hicieron la luz, según la historia retórica ha afirmado hasta hoy; cierto, el estado social, en que dominaba el gremio, el régimen patriarcal, el respeto á la religión, presentaba un aspecto más tranquilo que el actual, en que la sociedad pulverizada en individuos ofrece menor resistencia á la tiranía del Estado ó del Capital; cierto, el arte, el comercio, el bienestar reconciliaban al hombre con la vida y con la autoridad tutelar de la Iglesia; las escuelas—bajo el régimen del látigo, es verdad—abundaban y bajo los auspicios eclesiásticos se habían fundado magníficas universidades en donde la ciencia, las letras, la filosofía y la teología se derramaban á manos llenas. Por las universidades, ya lo dijimos, se infiltró el *humanismo* en Alemania y desde luego se pronunciaron dos corrientes; la de los que consideraron la ciencia nueva como un agente providencial para dar nuevo vigor á la fe cristiana y á éstos pertenece Nicolás de Cusa, ese gigante intelectual del ocaso de la Edad Media, que difundió el amor á las letras antiguas y fué el precursor de Kopernik; y la corriente de los que consideraron al humanismo como una palanca para desembarazar á la razón humana de las bandillas fúnebres en que la envolvía la Iglesia. Estos fueron los preparadores de la Reforma. Erasmo, el gigante intelectual de la aurora de la Edad Moderna, de carácter vacilante y despreciable en suma, pero de espíritu vastísimo que desligó todos los antiguos vínculos, preside, en otro capítulo lo dijimos ya, á la Reforma entera. Él anunció el ideal del mundo nuevo; es preciso, decía, para llegar á la paz en cuestiones religiosas, permitir á cada cual tener un criterio personal y libre. Su *Elogio de la locura* es el prólogo de la gran tragedia teológica del siglo XVI (J.), es la crítica más completa de la sociedad y la Iglesia católicas. Creía en la inspiración divina de la Biblia, pero encontraba

en los autores paganos pensamientos tan puros y tan santos, que sentía impulsos de exclamar: San Sócrates, ruega por nosotros.—Los humanistas, *los poetas*, como se les llamaba entonces, que profesaban *la religión del genio* inaugurada por Erasmo, se distinguían en varios centros universitarios, sobre todo en Erfurt, por sus imitaciones de los clásicos, algunas muy obscenas, y por su odio más ó menos disimulado á la autoridad de la Iglesia y al cristianismo á veces; eran neo-paganos: Jesucristo, decía uno de ellos, es la sabiduría del Padre; su religión no ha comenzado con la Encarnación, sino con los siglos; por *el redentor* es preciso entender, la justicia, la paz, la alegría; este es el Cristo bajado del cielo. Un eminente hebraista, Reuchlin, publicó un libro místico y teosófico que suscitó grandes polémicas; todos los humanistas se pusieron del lado del profesor perseguido, y los dominicos y, al fin, Roma, en contra. Esta querrela dividió en dos campos el mundo intelectual en Alemania y las fuerzas de la futura lucha pudieron contarse. Los humanistas tenían por aliados á los señores eclesiásticos; sus espléndidas cortes, donde no se hablaba más que de arte y de placer, eran trasuntos de la corte pontificia, donde legiones de neo-paganos tributaban culto perpetuo á la musa antigua, presididos por los Nicolases, los Julios y los Leones. Uno de estos humanistas protegidos de Alberto de Brandeburgo, arzobispo de Maguncia y que aspiraba á ser el León X de los germanos, era el poeta caballero y aventurero Ulrico de Hutten, uno de los hombres más singulares de su tiempo, por su inteligencia, sus pasiones y sus desgracias; él fué el lazo de unión entre Erasmo y Lutero, entre el Renacimiento y la Reforma.

2. Martín Lutero (nacido en 1483) era un hombre de un temperamento extraordinario, inclinado á todo exceso moral, intelectual y sensual y dotado de grande y penetrante é inquieta inteligencia, de una elocuencia soberana y de pasión por la música, que había de renovar profundamente, como renovó la lengua alemana; en un arrebato de desesperación se hizo monje agustino. Su sayal fué para él la túnica de Neso de la duda, de las luchas íntimas de la conciencia, y, enfermo de la enfermedad mental del escrúpulo, adoraba á Cristo y lo aborrecía á un tiempo y su vida austera y pura estaba sujeta á paroxismos y desenfrenos intelectuales que le hacían tocar los limbos de la locura. S. Agustín y S. Pablo, sus maestros favoritos, le enseñaron por fin una doctrina que llevó la paz á su conciencia y lo transformó; esta doctrina consistió en la negación del libre albedrío, en la nulificación de las obras, como agentes de salvación, y en la exaltación de la fe como el instrumento supremo de la redención: las obras buenas y los pecados, nada son para el Cristo, porque la acción del hombre está sujeta á leyes fatales; no hay libertad; sólo la fe salva.

Precisamente mientras Lutero concebía esta doctrina contraria á la enseñanza de la Iglesia (y por cierto á la creencia en la eficacia de las buenas obras debía la sociedad católica los millares de iglesias, de monasterios, de hospitales y orfanatorios establecidos por la caridad individual) una alianza completamente financiera y vergonzosa entre León X, exhausto de recursos, y Alberto de Maguncia, siempre ávido de ellos, promovió una descarada explotación de Alemania por medio de la venta de *las indulgencias*, cuyo producto debía ingresar en las cajas de los célebres banqueros Fugger, que habían negociado un empréstito con los dos príncipes de la Iglesia; al frente de esta operación de religión y agio se puso el dominico Tetzel. Verdad es que la Iglesia siempre había sostenido que la remisión de las penas temporales en esta vida y en la otra [no de las eternas] era lo que podía obtenerse por medio de las indulgencias, de que disponía el Pontífice porque Cristo había dejado en la Iglesia depositados sus méritos, y con tal que hubiese confesión; pero ni los mercaderes de indulgencias, ni el pueblo lo entendía así, porque aquellos decían y éste creía que compraba con dinero el perdón por decenas, centenas ó millares de años [la tarifa variaba] y hasta la licencia de pecar. El escándalo fué inmenso; un sordo murmullo se levantaba en las conciencias; los frailes y el papa eran rudamente atacados en folletos vehementísimos que circulaban por donde quiera, y el profesor y predicador de Witemberg, Martín Lutero, cuya doctrina era por esencia opuesta á aquella en que se fundaba el poder de conceder indulgencias, fijó un día en las puertas de una iglesia ochenta proposiciones contrarias á la enseñanza eclesiástica; la turbación fué general en los ánimos; los humanistas atizaron el fuego; la polémica contra Tetzel fué preludio de la lucha con la teología reinante y con el papa, al fin, que excomulgó al monge, el cual negó la autoridad del papa, quemó sus decretos y proclamó el cisma [1520]. El desbordamiento y el frenesí de las pasiones no tuvieron límites: el papa fué el anti-cristo; Roma, que Lutero había visitado, fué la Babilonia apocalíptica, la Sinagoga de Satanas; la Iglesia era la comunión de las almas; todo hombre era sacerdote; la regla de la fe, la Biblia. Lutero de este modo ligaba su apostolado revolucionario al del gran apóstol tcheque Juan Huss.

Se puede asegurar que el primer movimiento de Alemania fué profundamente simpático á la Reforma; muchos dignatarios eclesiásticos esperaban ver surgir de ella la formación de una iglesia nacional inde-

pendiente de Roma, tendencia general desde la época del Cisma de Occidente; los príncipes vieron en la revolución religiosa un medio de apoderarse de los bienes eclesiásticos. Carlos V, por educación y por origen profundamente católico, era, sin embargo, amigo convencido de la Reforma, aunque sin heregía, y cuando llegó á Alemania convocó á la dieta en Worms (1521). Lutero no se retractó y, para preservarlo de la muerte, el elector Juan Federico lo guardó en el castillo de Wartburg, desde donde continuó su propaganda, expensando un caudal gigantesco de talento, de elocuencia, de ira y de soberbia. Entonces tradujo la Biblia, que se hizo popular y cuya lectura fué el pan de cada día de la familia germánica pura, y formuló sus doctrinas definitivas. Por estas doctrinas que negaban la libertad y condenaban el esplendor de la Iglesia, el Renacimiento y la Reforma entraron en contradicción plena; si las iglesias reformadas aborrecían la religión romana era porque se había identificado con el paganismo. Entonces, también, los discípulos de Lutero, pasaron de la teoría á la práctica y comenzó el despojo de las iglesias; Bucer, Carlostadt, dieron la señal de las sublevaciones y de la destrucción de los altares; pronto la Alemania católica no iba á ser más que un inmenso hacinamiento de ruinas, contra el propósito del reformador.

3. La predicación de Juan Huss tenía, como toda predicación cristiana pura y exclusiva, trascendencias socialistas; para el predicador bohemio ningún hombre en pecado podía ser legítimamente propietario; ni lo eran las iglesias, porque lo que tenían era el patrimonio de los pobres; de donde el pueblo en rebelión infirió que podía apoderarse de lo que era suyo, y así se explican los tremendos saqueos y pillajes y las ruinas amontonadas por los furiosos soldados de Juan Zicka. Las bandas husitas encontraron empleo en las guerras alemanas durante la segunda mitad del siglo XV y por do quiera propagaron sus doctrinas. Pronto los campesinos formaron, á imitación de los señores, asociaciones ó ligas militares, que frecuentemente tenían por enseña el tosco zapato de los labriegos; por eso se llamaban ligas del zapato, *bundschuh*; desde 1486 comenzaron las insurrecciones, lo que prueba que la predicación reformista no fué la causa de la conflagración formidable de 1525.

La transformación social, efecto de la inmensa revolución mercantil causada por los descubrimientos, había producido exceso de lujo y de facilidades de placer en unas clases, y odio y apetito desenfrenado

en otras; la nobleza, apoyada en el derecho romano, había acabado con la propiedad comunal; las grandes compañías comerciales avasallaban á la población industrial y agrícola y la oprimían sin piedad ejerciendo los más brutales monopolios de los artículos de primera necesidad, sistemáticamente falsificados, y la usura más inicua. Y si se considera que en medio del estado de ánimo social que estos males causaban, la predicación del evangelio luterano demostraba el origen, según él abominable, de la riqueza eclesiástica, se comprenderá que Alemania fuese como una aglomeración de combustible de los Alpes al Báltico y que la palabra reformista tenía que ser la chispa.—La *bundschuh* de Suabia comenzó la lucha; los campesinos publicaron su programa exigiendo la disminución de tributos, la vuelta á la propiedad comunal de los pastales, la justicia igual para todos, etc., y Lutero, al mismo tiempo que apoyó ante los príncipes las reclamaciones populares, condenó las violencias de las bandas armadas. Entonces comenzó en la Suabia y los países del Rin y luego abrasó la Alemania entera el incendio social; no hubo crimen que los foragidos no cometieran, ni iglesia ó convento que perdonaran; los monumentos del arte cristiano alemán casi desaparecieron en aquel sangriento naufragio. Lutero entonces predicó la destrucción de los rebeldes y pidió que los campesinos fuesen tratados como fieras. Los señores, recobrados de su primér estupor, organizaron la represión, que fué tan salvaje como la revuelta; en alguna de aquellas terribles batallas, los campesinos en derredor de Tomás Munzer, uno de sus apóstoles, se dejaron cañonear cantando los salmos. Aquellas fueron las bodas rojas de Alemania y la Reforma. Lutero y el más serio é inteligente de sus discípulos, Melanchton, comenzaron desde entonces á privar al protestantismo de todo carácter político, proclamando el derecho divino del absolutismo laico.—Varias ciudades imperiales como Nuremberg, Francfort, Hamburgo, y príncipes como Juan Federico, elector de Sajonia, á quien Carlos V debía la corona imperial, Felipe de Hesse, Alberto de Brandeburg, gran maestro del orden teutónico, y provincias enteras como Mecklemburg, Pomerania, Livonia, habían aceptado un *credo*, la confesión de Augsburg, redactado por Melanchton y se llamaban *protestantes* porque los jefes del partido habían *protestado* en Spira [1529] contra las resoluciones de la Dieta.—En los años siguientes, el imperio aparece dividido en dos ligas principales: la católica, cuyo centro es Augsburg, y la protestante constituida en Smalkald, y en la que, en odio á Carlos V, llegó á

tomar parte Francisco I. Los desórdenes de *los anabaptistas*, secta que había surgido de la guerra social y cuyos caudillos se apoderaron de la diócesis de Munster (en donde llevaban una existencia orgiástica, que es lo que ellos llamaban "el reino de Dios," cuyo monarca era un David resucitado, el profeta Juan de Leyde), afligían al Imperio por la facilidad con que contagiaban á las poblaciones del Norte, mientras los turcos amenazaban el Sur. Todo ello salvó á los protestantes de la represión que ya había decidido Carlos V y que no tomó realmente cuerpo hasta que la paz de Crespy con Francisco I le permitió convertir sus fuerzas contra los disidentes. Ya vimos antes cómo los venció en Muhlberg, y cómo, sagaz político como era, publicó á seguida un programa de concesiones que se llamó el *interim* y que le valió un proceso que se le instruyó en Roma, por hereje, de orden del papa Paulo IV. Lutero había muerto ya [1546], no vió ni la derrota, ni el triunfo logrado después, gracias al cambio de Mauricio de Sajonia que obligó al emperador á reconocer al protestantismo como una potencia en el convenio de Passau. Lutero, es una de las más notables figuras de la historia humana; sus vicios, su sensualismo, su cólera que se desataba en infernales invectivas, ponen mucha sombra, pero no rebajan, en suma, su personalidad, encarnación genuina del germanismo cristiano, elocuente, humano, exaltado, servil, y apasionado de la música y de la Biblia. Fué uno de los más poderosos perturbadores de almas que hubo jamás.

4. La Reforma se propagó en Europa casi desde su nacimiento; en los países latinos fué siempre una planta exótica; así, en Francia, llegó á hacer prosélitos la idea nueva desde los tiempos de Lutero, y Francisco I, el rey del erotismo y del desorden, se dió el placer, lo que es dudoso que hiciese nunca Felipe II, de ver quemar herejes; el martirio no dejó de alimentar la savia reformista; pero fué después, bajo la influencia de Calvino, cuando llegó á constituirse un grupo protestante de consideración (*los hugonotes*) que siempre fué, sin embargo, una pequeña minoría en la nación. En España, en Italia, puede decirse que la Reforma apenas tuvo representantes y entre ellos sólo una que otra personalidad fué saliente, como Valdés, que ejerció su apostolado en Italia y que era ciertamente notabilísimo. Ni podía ser de otro modo; la índole española informada sobre ocho siglos de cruzada, que habían unimismado la religión católica y la patria, era refractaria á una doctrina fundada en la libre interpretación individual de la pa-

labra revelada y en la negación del libre albedrío y sobre un culto sin historia, sin sacerdocio, sin arte. El protestantismo jamás pudo ser en España más que un accidente inapreciable y esto es lo que da un carácter espantosamente siniestro al sofisma que pretende excusar los horrores seculares de la inquisición española, con la afirmación de que ellos libertaron á España de la escisión religiosa; jamás corrió tal peligro; la unidad religiosa, ya que aun la fundada en la persecución y no en el libre asentimiento, se tiene por inestimable bien, habría subsistido en España sin la inquisición; ésta no fué más que una institución que puso el terror religioso al servicio del absolutismo. No, la Reforma era una planta germánica, por eso donde se aclimató, vivaz y fecunda, fué en las comarcas septentrionales, en las vertientes del Mar del Norte y del Báltico. En Suiza puede decirse que la Reforma nació al mismo tiempo que en Alemania; Ulrik Zwingli, cura de Zurich, poeta y músico, lleno de ardor religioso y de bravura, discípulo de Erasmo, hizo de su curato, que ocupaba tan importante puesto en los cantones, un centro de activa propaganda; coincidió con Lutero en algunas doctrinas, en otras fué más allá. Negaba la presencia real de Cristo en el pan eucarístico, sobre lo que Lutero no fué explícito, y atacó en nombre del Evangelio la misa, la confesión, el purgatorio, el celibato de los clérigos, etc. Las diferencias religiosas entre los cantones acarrearón la disolución de la liga helvética y finalmente la guerra. Zwingli, que era también un soldado, tomó parte activa en ella; en la batalla decisiva de Coppel, los jefes católicos decían á sus soldados: "en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo y de la Santa Virgen María, fuego," y los reformados: "Dios está con nosotros, fuego," frases que caracterizan bien la época. Los de Zurich perdieron la batalla y Zwingli la vida [1531] y la Reforma pasó por un período de depresión.—En los Estados escandinavos la revolución fué rápida; Suecia, Dinamarca y Noruega formaban un solo reino desde *la Unión de Kalmar*. Cristian II reinaba en Kjobenhavn [Copenhague] y en Stockolm, al estallar la revolución luterana; deseoso de apoderarse del dinero de las indulgencias y de someter la Iglesia á la potestad civil, y quien decía Iglesia, decía nobleza, porque el alto clero era forzosamente noble, introdujo á los misioneros luteranos, sostenido por la burguesía y por el pueblo fatigado profundamente de la oligarquía eclesiástica que oprimía al país. A consecuencia de los sucesos de Suecia, Cristian fué depuesto, y la nobleza y el clero se fijaron en un luterano,

Federico de Holstein, á quien dieron la corona con la condición de que protegiese el catolicismo; Federico lo que hizo fué dejar en libertad la predicación reformista, y cuando la nobleza, avida de tomar parte en la distribución de los bienes eclesiásticos, se hizo luterana, pronto el catolicismo desapareció para siempre y fundamentalmente de Dinamarca, y la dieta de Copenhague [1536] declaró única religión del Estado la que tenía por *credo* la confesión de Augsburg.—Entretanto en Suecia, en donde el clero bajo era casi ajeno á las costumbres canónicas y los obispos eran señores feudales, la revolución había sido más dramática; Cristian II, luterano en Dinamarca, se convirtió en agente del poder pontifical en su otro reino, y para vengar al primado de Suecia, al arzobispo de Upsal, depuesto por los senadores y dar un golpe de muerte á la nobleza, hizo degollar á sus jefes en un festín á que los había invitado; *el baño de sangre de Stockolm* horrorizó á la cristiandad y mientras el papa absolvía al asesino, el hijo de una de las víctimas, Gustavo Wasa, daba la señal de la rebelión, arrojaba á Cristian y separaba para siempre á su patria de Dinamarca y de Roma; Gustavo obligó á los Estados reunidos en la dieta de Westeras [1527] á escoger entre el catolicismo y él; con pocas excepciones el clero todo se pasó á la religión reformada, Gustavo fué el jefe de la Iglesia y las riquezas de ésta sirvieron para aliviar los impuestos que pesaban sobre los pobres y atender á la defensa nacional. Cuando Wasa murió, el protestantismo era una de las instituciones patrias.

En Inglaterra la Reforma tomó un carácter especial; no fué en la admisión de las doctrinas luteranas ó de algún otro innovador en lo que consistió; fué en la constitución pura y simple de una Iglesia nacional y en la identificación de la Iglesia y el Estado bajo la jefatura suprema del monarca; fué, en suma, la consumación de la obra de despotismo de los Tudors, y ya vimos anteriormente que la causa determinante de esta escisión fué la resistencia de la Corte de Roma, que más tarde había de declarar nulo el matrimonio de Enrique IV de Francia y Margarita de Valois, á pronunciar el divorcio del concupiscente y feroz Enrique VIII y de la infortunada Catalina de Aragón.

La Iglesia en Inglaterra tenía una organización *sui generis*; cada parroquia era independiente en lo temporal y el señor rural [*landlord*] escogía al cura; estas parroquias estaban sólo espiritualmente ligadas con el jefe de la diócesis y esta autonomía dió tal vigor al poder eclesiástico, que la Iglesia, puede decirse, avasalló á la monarquía y á la nobleza, y fué el agente primordial de la

unidad nacional. Los tributos eclesiásticos estaban garantidos por la ley como los que se debían á la corona; los barones eclesiásticos formaban parte del consejo real, los clérigos monopolizaban la instrucción, administraban justicia, regían el estado civil y la religión era el elemento esencial de la vida de la sociedad, más quizás que en los otros pueblos medioevales. La Carta Magna, después de las luchas entre la Iglesia y los reyes normandos, consagra esta situación. Pero precisamente por esta condición la Iglesia fué considerada siempre como un servicio público de primera importancia, y como los intereses de la Nación y los de Roma ó fueron contrapuestos ó distintos, la Iglesia se encontró obligada á seguir, á riesgo de desmembrar el poder público, la marcha nacional; de aquí la tendencia á formar una Iglesia independiente; así es que cuando Enrique VIII dió forma legal á esta tendencia, no encontró sino débil resistencia en el clero, que se aprovechó de los bienes quitados á los conventos, y la reforma sólo fué entonces un cambio en la administración de la Iglesia; los obispados y las parroquias permanecieron intactas y el rey hacía quemar á los luteranos.

El rey, naturalmente, reemplazó al papa y la Iglesia nacional ó anglicana tuvo por jefes al monarca y al Parlamento y ya no fué un poder distinto; después el rey tuvo, como jefe nato de su Iglesia, el poder de corregir abusos, castigar hereges y corregir errores; de aquí á fijar los dogmas no había más que un paso; en la primera mitad del siglo XVI se franqueó este paso y se publicaron varios símbolos de la fe anglicana con el título de *artículos de fe* y de *libros de oraciones*. Como en todo sistema de religión de Estado, la intolerancia fué la regla y se persiguió á los reformistas discípulos de Lutero, y de Calvino luego, que no estaban conformes con los libros, ni con los artículos de fe publicados por el Parlamento y más á los católicos; todos eran *inconformes* [non-conformists]. Ya veremos después el papel que representan los disidentes en la historia inglesa; fué decisivo.

El agente principal de la obra reformista fué Tomás Cromwell, un hombre inteligentísimo, verdadero político á la italiana, de la escuela de los Médicis ó los Borgias. Antes que él los humanistas, á cuyo frente estaba el sabio y piadoso More, se esforzaron en buscar una conciliación entre el catolicismo y los actos conyugales consumados por el rey; la tentativa era imposible y cayeron; Cromwell se encargó de la situación y, gracias á su habilidad y á su audacia, la ruptura entre la Iglesia católica y la nacional quedó consumada; mas no consistió sólo en eso su obra, sino en consumir también la concentración de toda autoridad en manos del rey-papa, que por la *Declaración de supre-*

macía [1534] quedó revestido de la autoridad absoluta en lo civil como en lo eclesiástico; Cromwell era su vicario general. Pronto, cuando el clero estuvo á sus pies, y las iglesias resonaban con la apoteosis de la supremacía real hecha en el púlpito, el vicario hizo una selección de dogmas y la publicó; sólo se admitieron la Biblia y los *tres credos* como regla de fe, se redujeron á tres los sacramentos [Bautismo, Penitencia y Eucaristía], se condenaron el Purgatorio, las indulgencias, etc., y el arzobispo Cranmer, agente servil de toda esta transformación, recibió la Biblia inglesa de manos del rey. A esto siguió un régimen de persecución y terror que duró diez años; Inglaterra se erizó de cadalzos; las rebeliones de la nobleza y de las clases rurales, apegadísimas á la antigua fé, fueron ahogadas en sangre y el hacha del verdugo cercenó la noble cabeza de More; el Parlamento sólo daba leyes de excepción [*bills of attainder*] y las libertades inglesas estaban á los pies del rey, que instigado por Cromwell, creaba una nueva nobleza, enriquecida con los despojos de la Iglesia, la que hoy todavía forma la parte principal de la aristocracia inglesa [Hallam]. Naturalmente los protestantes, al principio furiosamente perseguidos, acabaron por identificarse con aquel movimiento. Entretanto, Ana de Boleyn, que merece poco las simpatías de la historia, había muerto en el cadalzo; su sucesora, Juana Seymour, al dar á luz al que fué Eduardo VI; Ana de Cleves, fea princesa alemana que Cromwell encontró para iniciar una alianza entre los príncipes protestantes alemanes, Francia é Inglaterra contra Carlos V, lo que habría hecho luterana á la Alemania entera, fué llamada al tálamo del sátiro coronado; la repugnancia de éste trajo la caída y la muerte del primer ministro, cuya depravación política no le priva de ser un personaje muy interesante en los anales ingleses; luego los nuevos ministros moderados hicieron casar al rey con Catarina Howard, una licenciosa que murió á manos del verdugo, y Enrique, casado de nuevo con Catarina Parr, murió al fin en 1547. Su nombre está ligado con el apogeo del absolutismo de los Tudors y con la constitución de la Iglesia anglicana; lo primero estaba sentenciado á muerte, á lo segundo debe en gran parte su grandeza la Inglaterra moderna.

LA CONTRA-REVOLUCIÓN.—FELIPE II Y LAS GUERRAS DE RELIGIÓN.

(Segunda mitad del siglo XVI.)

1. La Compañía de Jesús.—2. Los Concilios de Trento.—3. Calvino; su doctrina; la teocracia cantonal de Ginebra.—4. Felipe II y María Tudor; organización del absolutismo español; la Inquisición; hegemonía católica del rey de España.—5. Emancipación de las Provincias Unidas.—6. Isabel de Inglaterra.—7. Los Valois y las guerras de Religión.—8. Enrique de Borbón, rey de Francia.—9. Decadencia de la monarquía española.

1. La Iglesia ha encontrado siempre el secreto de renovar su vitalidad en las órdenes monásticas, porque, al nacer, presentan á los pueblos modelos de vida cristiana pura y vigorosa, y entonces la palabra de los predicadores va revestida del prestigio soberano del ejemplo; esto había sucedido en el siglo VI con los benedictinos; en el siglo XI, con las órdenes cluniacenses; en el XIII, con las mendicantes; esto sucedió en el siglo XVI, en la crisis más temerosa que la Iglesia ha sufrido, con la Compañía de Jesús. El anhelo por crear en la Iglesia eminentemente mundana del Renacimiento, núcleos de reforma moral, había dado origen á los *teatinos*, especie de orden aristocrática en que se debía vivir de limosna sin pedirla; á los *capuchinos*, rama nueva de la religión franciscana, y más tarde á la congregación del *Oratorio*, fundada por Felipe Neri; pero ninguna estaba destinada á la inmensa celebridad de la sociedad imaginada por Ignacio de Loyola. Era éste por los años de 1521 un caballero español, llamado D. Iñigo López de Recalde, que después de una azarosa vida militar encontraba un alimento propio para su imaginación exaltada y su espíritu aventurero, en la lectura de los libros caballerescos y en las biografías, con frecuencia heroicas, de los santos, mientras curaba de una herida en su casa solariega de Loyola, en Guipúzcoa. De ahí salió resuelto á acometer una gran empresa, como verdadero español del siglo XVI, y á que ésta redundase en honra y gloria de Dios: rehacer las cruzadas por medios puramente sacerdotales ¡qué obra podía ser más meritoria y más difícil! Para que su empresa fuese más hacendera, rehizo con voluntad inflexible su educación, y abandonó los excesos de la vida ascética, que creía nocivos; después, molesto con frecuencia por la Inquisición, marchó á París, ahí atrajo á sus ideas á varios de sus conterráneos (Lainez, Francisco Javier, Salmerón); hicieron votos de pobreza y castidad y unidos á otros hermanos franceses, después de algunas peripecias, de terribles crisis interiores, de luchas con los jefes de la Iglesia, y ya convertidos todos en sacerdotes, formaron la compañía definitivamente constituida por medio de una bula de Paulo III en 1540. A los votos primitivos agregaron el tercero de obediencia absoluta; “la renuncia de la voluntad propia vale más que resucitar á los muertos,” decía S. Ignacio; y á este tercer voto siguió el cuarto de “consagrar su vida al servicio perpetuo de Jesucristo y

del Papa.” El espíritu militar del fundador dominaba en todo; la nueva orden era una compañía ó cuerpo militante, destinado, sobre todo y ante todo al combate; por eso debía obedecer como un solo hombre é incondicionalmente á su general, que era “la personificación de Jesucristo mismo,” y obedecer sin miedo, porque “ninguna tempestad es tan funesta como la calma y ningún enemigo tan peligroso como no tener enemigo alguno.” Las armas de la milicia nueva eran la predicación, la enseñanza, las publicaciones literarias, científicas y políticas, y, si esto no bastaba, los medios materiales: la fuerza, la astucia, la persecución; en suma, dominar á los gobernantes, educar á los gobernados. ¿Y quién era el enemigo? Los infieles, sin duda, y Francisco Javier fué á iniciar en el extremo Oriente la era heroica de las misiones jesuitas; pero principalmente los herejes, los protestantes; contra ellos iba dirigido aquel maravilloso instrumento de guerra. Pronto la Compañía se propagó; los países católicos le abrieron las puertas y en seguida fué la directora de las conciencias, la consejera de los príncipes, la maestra de los pueblos; España y Portugal, Francia, los Países Bajos, Italia, Alemania misma luego, se sintieron bajo su influencia, á pesar de la oposición de muchos excelentes obispos, como Siliceo, en España, el famoso preceptor de Felipe II y cardenal de Toledo. Su guerra á la secta protestante era implacable y perenne; en Alemania dirigió la lucha el sabio y virtuoso Canisio.—Cierto, no fué la Compañía de Jesús la que salvó á la Iglesia de la destrucción, fué su inmensa vitalidad, su constitución vigorosísima, su historia, sus raíces en el mundo latino y semi-latino; pero la Compañía, admirablemente disciplinada, contribuyó á esta obra en primer término; ella organizó é hizo definitiva la contra-revolución religiosa en la Alemania del Sur, en Hungría, en Bohemia, en Polonia; esta obra no preparó las supremas dificultades que para vivir encontraron Polonia y hoy Austria-Hungría? Sí, sin duda. Se ha comparado á Lutero con San Ignacio; éste le es superior por la pureza y santidad de la vida; mas el otro le supera por la maravillosa inteligencia de la índole germánica, por la elocuencia adecuada á esa índole, por el resultado gigantesco de su empresa. En suma, la Compañía luchaba por la libertad metafísica que negaba Lutero; mas la obra de éste preparaba la emancipación social y política, y la de San Ignacio debía acabar por ser obstáculo á toda tentativa de emancipación de las ideas. Ambos creyeron cumplir con un deber supremo.

2. El santo varón que con el nombre de Adriano VI ocupó el solio pontificio en 1522 decía á la Iglesia: “Es cierto que en los últimos tiempos los soberanos pontífices se han hecho responsables de actos abominables, de graves abusos en los asuntos espirituales, de excesos en sus determinaciones y que en todo había perversión. ¿Cómo espantarse de que el mal se haya difundido de la cabeza á los miembros? Todos hemos abandonado el camino de la justicia. . . . Cumpliremos celosos con nuestro deber á fin de que la curia romana, de donde todo

el mal ha venido quizás, sea la iniciadora de la Reforma; tanto más obligados nos creemos á ello cuanto nos consta más que á nadie el ardor con que el mundo anhela la reforma del papado." De todo ello infería el pontífice la necesidad de convocar un concilio ecuménico en una ciudad alemana [vid. Janssen, II]. Pero sus sucesores, amedrentados con los recuerdos de Constanza y Basilea, opusieron una política de moratorias al deseo de la cristiandad, de que se hacía abogado exigentísimo Carlos V que sentía que Alemania se perdía definitivamente para el catolicismo. Por fin se reunió el primer Concilio en 1545 en la ciudad imperial de Trento, compuesto al inaugurarse de menos de cincuenta preladados, casi todos italianos y presidido por los legados de Paulo III; en el acto se delinearon los dos partidos que habían de dividir á la asamblea, el de las reformas radicales que empezó queriendo que el Concilio se considerase representante de la Iglesia universal, lo que parecía excluir al papa, y los celosos partidarios de la supremacía absoluta de la Santa Sede, que triunfaron y sellaron su victoria con la decisión de que el voto fuera por personas y no por naciones como en Constanza, lo que aseguraba una mayoría permanente á los obispos italianos completamente sometidos al influjo de Roma; los obispos alemanes en lucha con la heregía en sus diócesis no pudieron en su mayor parte concurrir, lo que era un triunfo nuevo para la Curia, al que sólo fueron obstáculo los obispos españoles resueltos á oponerse á los abusos pontificales, á pesar de su adhesión á la fe católica. El Concilio, contra los deseos del emperador que deseaba que no se ahondase el abismo del Cisma, comenzó por las definiciones dogmáticas; pero también contra los deseos del papa, que quería que se le reservasen todas las cuestiones disciplinarias y gerárquicas, decidió estudiar éstas. Las comisiones se compusieron principalmente de dominicos y por ende el espíritu de Santo Tomas de Aquino era el dominante. La primera decisión fué resueltamente anti-protestante: no sólo la Biblia, como los reformados afirmaban, sino toda la tradición eclesiástica, se declaró regla necesaria de la fé; por consiguiente toda esperanza de reforma fundamental quedó excluida desde aquel momento; la obra de la Iglesia católica medioeval quedaba así salvada y sancionada. En otro punto resultó irremediable el Cisma: los reformados creían que sólo la fe salvaba; el Concilio declaró que la gracia podía adquirirse por las buenas obras y perderse por el pecado aun cuando la fe subsistiese. Aquí los padres se pusieron re-

sueltamente del lado del libre albedrío, contra la servidumbre fundamental proclamada por Lutero, y salvaban, dadas las creencias de la época, la base de las acciones morales. Otras decisiones, aunque importantísimas, eran secundarias al lado de éstas. El motivo principal de las luchas fué el propósito de los absolutistas de subalternar los obispos al pontífice, y los españoles, sobre todo, celosos mantenedores de la institución divina del episcopado, fueron promotores de tremendos altercados; mas siempre triunfó el partido que sostenía las facultades omnímodas de la Santa Sede. Por entonces rompieron casi sus relaciones el papa y el emperador, y para sustraer á la influencia de éste el Concilio, el partido romano acordó, con pretexto de una epidemia, que no existía, retirarse á Bolonia [1547].

Ningún acuerdo tomó el Concilio ó conciliábulo de Bolonia, porque la lucha entre el emperador y Paulo III que había sido herido por Carlos V en sus más caras ambiciones de familia y que se había aliado con los franceses, no permitió hacer nada; el emperador que había vencido á los protestantes y que no quería exasperarlos, se presentó ante el pontífice, exigente como un emperador medioeval; habló de su misión religiosa y publicó su *interim* en que, mientras el Concilio determinaba, admitió el casamiento de los clérigos, aceptó la confiscación de los bienes eclesiásticos y la comunión bajo las dos especies; el papa protestó, Carlos se mantuvo firme y siguió despojando á los sobrinos de Paulo de sus soberanías italianas; por fin murió el pontífice y el nuevo, Julio III, hizo reanudar en Trento las sesiones del Concilio en 1551, contra lo cual protestó el monarca francés. En este segundo Concilio la influencia de los jesuitas es marcada, sobre todo de Lainez, el alma de la Compañía; su programa tenazmente desenvuelto era éste, en suma: ninguna concesión á los protestantes, ninguna concesión á los obispos; la Iglesia debía salir del Concilio sin menoscabo de una sola de sus reglas y constituida en monarquía absoluta. Y eso que por voluntad del emperador había obispos representantes de los príncipes protestantes, en el Concilio, y que por cierto fueron bien recibidos. Pero nada pudieron en materia de reforma, ni aun ayudados por los obispos imperiales; el papa estaba descontento y tenía en Roma más obispos reunidos que los que había en Trento; el emperador se encontraba en una situación grave y los embajadores protestantes tomaban una actitud resuelta, mientras los legados del papa extremaban la presión que ejercían sobre la asamblea; por fin los ale-

manes, en la imposibilidad de someterse á las condiciones previas, abandonaron á Trento y pronto quedó reducidísima la asamblea, que amenazada repentinamente por el avance de las tropas reformistas contra el emperador, se disolvió.

Cuando volvió á reunirse el Concilio; el aspecto de la Europa cristiana se había modificado; Carlos V había abdicado, la Reforma había sido reorganizada por Calvino é invadidos Francia, Escocia, los Países Bajos, los dominios imperiales; con Isabel, Inglaterra había consumado su separación; á Enrique II que había hecho las paces con el rey de España, Felipe II, para contener el progreso del protestantismo, habían sucedido Francisco II y Carlos IX, que clamaban por una reforma fundamental; de Carlos V fué heredero en Alemania Fernando I, que deseaba que la Iglesia se reconciliase con sus súbditos protestantes; habían reinado papas que como Paulo IV (Caraffa) juraron odio mortal á los Habsburgs; el rey de España tomaba manifiestamente la jefatura del catolicismo y la dieta de Augsburgo había clamado por la Reforma de la Iglesia, y eso que representaba una buena parte de la Europa católica. Sin embargo, el nuevo papa Pio IV y su secretario, el hombre santo y caritativo que iba á ser S. Carlos Borromeo, se oponían al movimiento conciliar; pero la decisión del monarca francés de convocar un concilio nacional y el temor fundado de que esto produjese la emancipación de la Iglesia de Francia, como con la inglesa había sucedido, precipitó la decisión deseada y la asamblea ecuménica tornó á reunirse en Trento en 1561. Dibujáronse, esta vez también, diversos partidos, entre los obispos y teólogos, que reflejaban bien el estado crítico de la Iglesia ortodoxa; el partido imperial sostenía el plan de reformas de Fernando I que obedecía al espíritu de todo el catolicismo alemán, reformas que pueden condensarse así: limitaciones á las facultades de la Curia romana; residencia obligatoria de los obispos en sus diócesis; facultad de dar la comunión con las dos especies; abolición del celibato eclesiástico obligatorio; á este partido unióse el francés que llegó á ser importante en el Concilio y que deseaba la introducción del francés en el servicio divino, el matrimonio eclesiástico, etc.; el partido español, tenía el prestigio que le comunicaba el temido Felipe II y la sabiduría, el celo y las virtudes de los sacerdotes que lo componían; los padres españoles se manifestaron resueltos á obtener, como al fin lo lograron, que el tercer Concilio se declarase continuación de los otros dos, para que no volvieran á discutirse los dogmas que marca-

ban el abismo divisorio con los reformados, objeto del odio intenso de Felipe, odio de creyente y de rey; pero al mismo tiempo en cuestiones de gerarquía y de disciplina se mostraban inflexibles; el obispado era, según ellos, de institución divina, y el papa no era más que el primero entre sus iguales, por eso sostuvieron y perdieron las cuestiones relativas á la residencia obligatoria de los obispos. El papa había nombrado cinco cardenales legados presididos por Hércules de Gonzaga y eran todos hombres eminentes; alguno de ellos, Simonetta, era en realidad el director del partido italiano ó de la Curia, enemigo de toda reforma fundamental y que, impulsado por Roma y explotando las divisiones y las debilidades de los otros partidos con habilidad suma, logró que el Concilio en su obra total resultase eco fiel de las voluntades é inspiración del Pontífice. Algunas veces las discusiones tomaron el carácter de *meetings* de energúmenos, dando los obispos italianos el ejemplo de la intolerancia, sobre todo, contra algunos obispos españoles, cuya rigidez y orgullo les era insoportable. Los jesuitas, su jefe Lainez, al menos, tomaron un carácter resueltamente opuesto á la independencia de los obispos, lo que produjo no poco escándalo. Por último, en Diciembre de 63 terminó el Concilio sus sesiones; sus decretos fueron admitidos con reservas, en España, que creía ver disminuída la influencia del monarca en la Iglesia; en Francia no llegó á ser formalmente aceptado. En conjunto, la obra del Concilio fué excelente para el catolicismo; en la inmensa confusión de ideas y doctrinas causada por la Reforma, fijó una pauta segura que produjo la perfecta cohesión de las creencias ortodoxas; vigorizó la organización de la Iglesia, diferenciándola esencialmente de la medioeval, puesto que afirmaba la superioridad del Papa sobre los concilios; el obispo de Roma fué en realidad el obispo universal y todos los obispos dependían de él y como si tuvieran una partícula del poder total del Pontífice; más en compensación se robusteció la autoridad episcopal en las diócesis. La organización de los seminarios, en donde tomó gran incremento la influencia de los jesuitas, y la reforma en las costumbres monacales, produjeron un admirable renacimiento en el seno del catolicismo y contuvieron definitivamente los avances del protestantismo.

3. En su elocuente y magistral biografía de Calvino, dice Guizot: "Sincero en su fe, puro en sus motivos, austero en su vida, potente en sus obras, es de los que han merecido su gloria y cuyo carácter é his-

toria, no pueden sondearse, á la distancia de tres siglos, sin tributarles, ya que no una tierna simpatía, al menos una profunda y respetuosa admiración." ¿No ciega al gran publicista una imprescindible pasión de sectario?—Juan Calvin nació en Francia en 1509 de una familia de flamantes burgueses; un hermano suyo fué un sacerdote incrédulo, su padre un hombre de fe empleado de la Iglesia; él fluctuaba, como fluctuó su siglo, entre los horizontes de libertad abiertos por el renacimiento pagano y los hervores de reforma moral suscitados por la disolución inminente del cristianismo; estudió en los liceos de París y luego fué hecho cura de dos parroquias, aunque no estaba ordenado y en ellas adquirió fama como predicador; ya entonces era un herejarca. Por voluntad de su padre se consagró al estudio de las leyes, que hizo con éxito extraordinario bajo la dirección de algunos de los más notables juriconsultos franceses y ya ganado completamente á la causa de la Reforma, cuando tenía veinticinco años, renunció á sus curatos, vendió sus bienes y se preparó á la lucha, peligrosa ya por extremo, pues la éra de la persecución había empezado para el protestantismo.—Calvino redactó entonces en su retiro de Basilea su libro titulado: "Institución de la religión cristiana," que dedicó valientemente á Francisco I, y con esa obra nació la mayor disidencia que había de dividir al mundo reformista. Calvino, rechazando la tradición eclesiástica, en parte reconocida por Lutero, admitía, como sola regla de fe, la Biblia, y daba así un carácter más absoluto y más intolerante á la heregía. De la Biblia infería el austero sectario este dogma fundamental: "Nada es el hombre sin la gracia; sus méritos y sus culpas nada significan; Dios da la gracia libremente y desde el fondo de la eternidad ha resuelto quiénes la recibirán, quiénes no; Dios predestina al hombre al bien ó al mal." Este dogma sombrío y fatal de la *predestinación*, injusto, duro y profundamente inmoral, desde el punto de vista humano, equivalía á querer resolver, adoptando un extremo, el insoluble problema metafísico y cristiano de la antítesis fundamental entre la libertad humana y la omnisciencia divina. A las poderosas objeciones que suscitó su doctrina, Calvino opuso la cólera, la injuria y este subterfugio: la virtud es la señal de la predestinación al cielo. El calvinismo prestó á sus adeptos una fuerza extraordinaria, como el islamismo á los suyos; además, como no admitía el sacerdocio individual, digámoslo así, sino que la fuente de todo poder eclesiástico era para él la comunión de los cristianos, es decir, la Iglesia misma y no

el príncipe ó el Estado, como afirmaba Lutero, pronto su propaganda, poniendo en plena fermentación los elementos democráticos, comunicó nuevo vigor al protestantismo y lo convirtió en un factor político de primera importancia.—Después hizo un viaje á Italia; ahí la Reforma encontraba, como ya hemos dicho, algún séquito en el clero mismo, en el Sur, gracias al impulso del español Valdés, dulce y apasionado creyente en un cristianismo humanitario, que tuvo entre sus fieles á la famosa Victoria Colonna, la gran señora, la célebre poetisa, la amiga inmortal de Miguel Angel, y en el Norte, por la protección de Renata de Francia, duquesa de Ferrara, que había hecho de su corte un asilo de letrados y disidentes; el Papa, llamando al cardenalato á los altos dignatarios eclesiásticos que se inclinaban manifiestamente á las ideas nuevas (Contarini, Sadolet, Reginaldo Pole) y Carlos V dando á la Inquisición la señal de la persecución resuelta en Italia, desarmaron ó extirparon la propaganda; Calvino huyó á Francia y después se fijó en Ginebra, importante centro industrial ya, y que debía convertir en la *Roma del protestantismo*.—En Ginebra, ganada de antemano á la causa reformista, era ya conocida la *Institución* de Calvino, que hace un papel tan importante en la historia de las letras francesas, como la traducción de la Biblia de Lutero en la de las alemanas, por lo que ambos han podido ser llamados los fundadores de la prosa en sus respectivos países. Un apóstol fanático del protestantismo, el francés Farel, fué el principal apoyo de Calvino, que tenía por opositores no sólo á los católicos sino á los partidarios de la tolerancia y de la libertad, por lo que se les llamaba *libertinos*. No reharemos la historia de las luchas de Calvino en Ginebra; derrotado y expulsado en los comienzos volvió como un triunfador; atacado por el protestantismo que reconocía á Zwingli como fundador, tuvo que pactar con él en Zurich, en donde se reconoció el misterio Eucarístico, verificándose el milagro, no por las palabras del sacerdote, sino por la elevación mística de las almas de los fieles hacia Dios, punto que hizo irreparable la separación entre calvinistas y luteranos. Calvino en sus libros, sus sermones y sus escuelas continuó la propaganda; empeñado en hacer de Ginebra una ciudad modelo, recurrió á todos los medios para reformar las creencias y las costumbres; director del *Consistorio*, aquel hombre de ferreo carácter, estableció una teocracia municipal más intolerante que la pontifical; la excomunión, el destierro, el tormento y la muerte, eran sus medios de combate contra el error y el mal, que él natu-